

[HOMILÍA del ARZOBISPO DE TARRAGONA, MONS. JOAN PLANELLAS]
(Traducido de la lengua catalana)

**Centenario de la inauguración de la iglesia de Les Rodes
de Magdalena Aulina**

Misa en la iglesia de Les Rodes de Banyoles

10 de mayo de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Nos reunimos hoy con profundo gozo en esta iglesia de Les Rodes, en el sexto domingo de Pascua, dentro de este tiempo tan lleno de luz y de esperanza que nos conduce hacia Pentecostés. Pero hoy nuestra celebración tiene un relieve especial: hace cien años, el día de la Candelaria, se inauguraba esta iglesia dedicada a la Sagrada Familia, donde la Venerable sierva de Dios Magdalena Aulina había iniciado diez años antes, casi en silencio, una obra que nacía del corazón del Evangelio: el servicio a las jóvenes pobres de Banyoles, y más concretamente de este barrio de Les Rodes. Por otra parte, el próximo viernes se cumplirán setenta años de su *dies natalis*, es decir, de su fallecimiento.

Cien años de esta iglesia, ciento diez años del inicio de su obra y setenta años de su fallecimiento. Es un siglo de gracia, de lucha, de fidelidad. Y todo comenzado con una pequeña semilla sembrada con fe.

Las lecturas que hemos escuchado hoy nos ofrecen una clave preciosa para entender tanto la vida cristiana como el testimonio de Magdalena Aulina. Jesús nos dice: «Si me amáis, guardareis mis mandamientos... y yo rogaré al Padre, que os dará otro Defensor, el Espíritu de la verdad». El amor a Cristo no es solo un sentimiento: es una forma de vida, una obediencia confiada, una disponibilidad interior. Y este amor nunca es estéril: se concreta en servicio, en donación, en proximidad.

Esto es lo que vivió Magdalena Aulina.

Nació a finales del siglo XIX, en una familia cristiana sencilla, y muy pronto sintió en su interior una llamada profunda a consagrarse a Dios en medio del mundo. Con quince años, Magdalena leyó una biografía de santa Gemma Galgani, una joven italiana que murió con veinticinco años a inicios del siglo XX, entregada

por entero a la fe y al apostolado. Quedó fuertemente impresionada. A partir de entonces, se hizo devota de la Galgani y quiso seguir su ejemplo. En 1916 organizó la devoción del Mes de María para los niños de Banyoles, además de un grupo de catequesis en la parroquia. También sintió la vocación religiosa y quiso seguirla, pero quiso hacerlo como laica, al igual que la Galgani. En 1922, fundó en Banyoles el Patronato de Obreras, que combinaba el fomento de la vida religiosa con la formación humana y cristiana de las niñas y jóvenes; ofrecía un lugar de recogimiento y recreo para las niñas al salir de la escuela o para aquellas que no estaban escolarizadas, como también para las jóvenes al salir del trabajo; especialmente para estas últimas se ofrecían, a partir de las siete y media de la tarde, clases de alfabetización y formación profesional, para aumentar las posibilidades de mejorar su vida.

Y es así como impulsó y colaboró en la construcción de esta iglesia de la Sagrada Familia en la Plaza de les Rodes, que fue el centro de la actividad de catequesis del grupo y donde organizó un programa de alfabetización. Poco después, con donaciones de familias acomodadas, se adquirió una casa donde se instaló una residencia y escuela para jóvenes obreras a la que llamó «Casa Nostra». En 1929 se empezaron a impartir clases diurnas y nocturnas, y cursos de formación en verano, con una plantilla de catorce personas. En julio de 1933, se abrió allí un dispensario médico.

Para llevar a cabo estas tareas, desde 1931, la Venerable sierva de Dios Magdalena Aulina y algunas de las jóvenes que compartían su ideal de vida y de apostolado comenzaron a vivir en comunidad. En 1933, tres de ellas pronunciaron votos privados de castidad, pobreza y obediencia. Pero fijaos en que la venerable Magdalena Aulina organizó su apostolado no en un convento cerrado, sino en la vida ordinaria, allí donde la gente vive, sufre y espera. Esta intuición, que hoy nos puede parecer más familiar, en aquel tiempo era nueva, arriesgada, incluso incomprensible para muchos.

Magdalena Aulina no lo tuvo fácil.

De entrada, hubo incompreensión. No todo el mundo entendía qué hacía aquella mujer joven, sin hábito religioso, moviéndose entre las casas, buscando jóvenes, hablando con familias. Algunos la miraban con desconfianza. Otros pensaban que era una iniciativa poco realista. Incluso en el ámbito eclesial, su

propuesta —vivir la consagración en medio del mundo, sin formas visibles tradicionales— no siempre era fácil de aceptar.

También había precariedad material. No tenía recursos abundantes. Lo que hacía, lo hacía con pobreza, con confianza en la providencia. Y eso significaba empezar muchas cosas sin garantías humanas.

Y, aún más, existía la dificultad interior: la incertidumbre, el cansancio, la posible sensación de soledad. Toda obra que nace de Dios pasa por la prueba. Y ella no quedó exenta.

Pero es aquí donde su fe se hace grande.

El pensamiento espiritual de Magdalena Aulina y Saurina se puede sintetizar en unas ideas clave muy prácticas y orientadas a la vida cotidiana. Es lo que hoy, en este centenario de esta iglesia, podríamos extraer para nuestra propia vida cristiana y eclesial. Lo resumiré muy brevemente en seis puntos. Podréis ver cómo se trata de intuiciones extremadamente actuales para nuestra Iglesia de hoy:

1. **Santidad en la vida ordinaria**

No hace falta apartarse del mundo para vivir plenamente la fe. La santidad se encuentra en las tareas diarias, el trabajo, la familia y la vida parroquial. Es aquello que decía el papa Francisco cuando hablaba de «la santidad de la puerta de al lado» (*Gaudete et exsultate*).

2. **Apostolado desde dentro del mundo**

Impulsó una forma de vida consagrada sin convento: estar presentes en la sociedad para transformarla desde dentro, especialmente a través de la parroquia. Esto, como he dicho, en aquel momento eclesial le acarreó muchas incomprendiones, hasta la publicación en el año 1947 de la Carta Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, del papa Pío XII, que dio carta de ciudadanía a los llamados Institutos Seculares.

3. **Centralidad de la parroquia**

La parroquia es el corazón de la vida cristiana. Es el hogar de la fraternidad cristiana. Hay que revitalizarla con formación, catequesis e implicación activa de los fieles. La parroquia debe convertirse en un hogar que complemente a la propia familia. No en vano, se dedicó esta iglesia a la Sagrada Familia, porque la Iglesia debe convertirse en un hogar familiar, a imitación de la familia de Jesús. Y la familia debe

convertirse en una Iglesia doméstica, como afirmará el Concilio Vaticano II, recogiendo una rica tradición.

4. Formación espiritual y doctrinal

Magdalena Aulina daba mucha importancia a formar bien a las personas, no solo en conocimientos religiosos sino también en vida interior y coherencia de vida. Naturalmente, además de la formación humana: de ahí las clases de alfabetización y de catequesis que comenzó en este mismo lugar. Una adecuada formación religiosa y doctrinal cristiana debía ser la herramienta de la propia promoción y transformación social. Magdalena Aulina hizo vida aquello que afirmará años después el Concilio Vaticano II, en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo, cuando habla del ateísmo: «El mensaje [cristiano] en lugar de empequeñecer a la persona humana, infunde luz, vida y libertad para su progreso», porque «el remedio a aplicar al ateísmo se tiene que esperar tanto de la exposición adecuada de la doctrina de la Iglesia, como de la vida íntegra de ésta y de sus miembros» (GS 21).

5. Papel activo de la mujer

Defendió que la mujer debía tener un papel protagonista en la vida de la Iglesia, especialmente en tareas educativas y pastorales. Es decir, no realizando simples tareas de mantenimiento o meramente devocionales, sino llevando una vida activa en la propia pastoral y en la realidad de las parroquias. Y esto, naturalmente, resultó algo muy avanzado para su época, en una ciudad de Banyoles de posguerra, conservadora y meramente clerical.

6. Espiritualidad sencilla y accesible

Su estilo no era complicado ni elitista: proponía una relación con Dios directa, concreta y vivida en el día a día. Por este motivo, subraya, al mismo tiempo, la unión con Dios y la acción social. Es decir, no separa contemplación y acción: la oración debe alimentar el servicio, y el servicio debe nacer de la vida interior.

En conclusión, Magdalena Aulina destacó por:

- ★ Promover una espiritualidad **accesible y práctica**, centrada en la vida cotidiana.
- ★ Dar un papel activo a la mujer dentro de la vida y pastoral parroquial.
- ★ Impulsar la formación religiosa como herramienta de transformación social.

Magdalena Aulina no se detuvo ante las dificultades. ¿Por qué? Porque tenía claro quién la había llamado. Porque vivía profundamente unida a Cristo. Porque confiaba en el Espíritu Santo, ese «Defensor» del que habla Jesús en el Evangelio de hoy.

Y así, paso a paso, con paciencia evangélica, fue construyendo una presencia. No solo ayudaba materialmente. Sobre todo, acompañaba, educaba, dignificaba. Hacía sentir a aquellas jóvenes que eran amadas, que tenían valor, que Dios las miraba con amor.

En el fondo, hacía realidad otra palabra de Jesús que hoy en el Evangelio ha resonado con fuerza: «No os dejaré huérfanos». Magdalena se convierte en signo de esta presencia de Dios que no abandona, que se hace cercana a través de personas concretas.

La primera lectura nos mostraba una Iglesia en discernimiento, abierta a las novedades del Espíritu. No todo estaba claro; había tensiones. Pero la comunidad escucha, dialoga y decide: En la lectura de hoy decide enviar a Pedro y a Juan a Samaría. Y todos aquellos nuevos creyentes recibían el Espíritu Santo. Y al final, la propia comunidad podrá decir: «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...». ¡Esta expresión es preciosa! ¡Significa que la Iglesia camina cuando se deja conducir por el Espíritu Santo!

Magdalena Aulina vivió así. No tenía un plan cerrado. Tenía una disponibilidad abierta. Supo leer los signos de su tiempo y responder con creatividad. Lo que hoy conocemos como el Instituto Secular de las Operarias Parroquiales nace de esta docilidad al Espíritu, de esta manera de hacer Iglesia desde dentro, desde la parroquia, desde la vida cotidiana. Pero también con paso firme y recto.

Y la segunda lectura nos daba otro rasgo fundamental. Nos decía: «Dad razón de vuestra esperanza, pero con dulzura y respeto». ¡Qué descripción más

adecuada de su vida! No imponía. No hacía ruido. Convencía con la vida. Su autoridad era el amor, la coherencia, la constancia.

Queridos hermanos y hermanas, hoy no celebramos solo una efeméride. Celebramos una fecundidad espiritual que continúa.

Y esta memoria nos interpela.

Porque también hoy hay «jóvenes pobres» —quizás no siempre en el sentido material, pero sí en el sentido afectivo, espiritual, relacional. Hay soledades, fragilidades, vidas desorientadas. Hay periferias nuevas que piden presencia cristiana.

La pregunta es: ¿quién irá?

Quizás nosotros pensemos que no estamos preparados, que no tenemos suficiente fuerza, que las dificultades son demasiado grandes. Magdalena Aulina también las tenía. Y, sin embargo, comenzó.

Quizás lo que Dios espera de nosotros no son grandes proyectos, sino pequeños pasos fieles. Una mirada atenta. Una palabra de esperanza. Un tiempo dedicado a alguien. Una disponibilidad concreta en la vida parroquial.

Jesús no nos pide éxitos. Nos pide amor. Y nos promete el Espíritu.

Que esta celebración nos ayude a renovar nuestra fe en esta presencia de Dios que no nos abandona. Que nos haga más sensibles a las necesidades de nuestro entorno. Que nos dé coraje para salir de nosotros mismos.

Y que, mirando el testimonio de la Venerable sierva de Dios Magdalena Aulina, aprendamos que la santidad no es hacer cosas extraordinarias, sino vivir lo ordinario con un amor extraordinario.

Que el Espíritu Santo, Defensor y guía, continúe obrando en esta comunidad parroquial de Banyoles. Y que nosotros sepamos decir, con la vida: el Señor está vivo, y camina con nosotros.

Amén.